

dente: que los partidarios de Wallace lo son justamente, en gran parte, porque están en desacuerdo con la actual política internacional de su país, y buscan en consecuencia un acuerdo con Rusia; por lo tanto, cualquier explicación que tienda a ese acuerdo será lógicamente aplaudida.

"La política —concluye— Burnham es simple y ruda. Sólo un lema vulgar es necesario para resumir la verdad: Un voto para Wallace es un voto para Stalin". Sin duda, el lema encontrado por Burnham para su simplísima política es vulgar a pedir de boca —conocemos esa clase de lemas tan útiles durante una campaña electoral, especialmente cuando se emplean desde el lado protegido de la barricada— pero lo que el lema de Burnham no hace es "resumir la verdad". Por el contrario: resume una mentira.

Afortunadamente, alguien con mayor autoridad que Burnham dice otra cosa; la dice un hombre cuyo genio ha sido reconocido tanto por las izquierdas como por las derechas; un hombre que, contrariamente al autor de *La revolución de los directores*, tiene fe en el futuro y que, contrariamente a él, asimismo, nadie ha podido tildar de fascista; un hombre que vive lejos de los Estados Unidos y de su lucha electoral; un hombre que por sus muchos años tiene menos probabilidad que cualquiera de nosotros de que una de las bombas atómicas que se lanzarían en la guerra a la cual Wallace se opone, le caigan sobre la cabeza. Ese hombre es George Bernard Shaw. En una entrevista concedida a Johannes Steel, corresponsal de la *National Gazette*, de York, Pennsylvania, Shaw ha dicho lo siguiente: "No hay diferencia entre "demócratas" y "republicanos"; representan la misma cosa. Wallace es el hombre. Es el único filósofo social entre los candidatos — el único que puede hacer algo respecto a la situación internacional porque es el único que entiende de ella. Diga usted al pueblo de América, al pueblo, se lo repito, que cada voto dado a Wallace es un voto en favor del progreso".

Por ser Wallace un filósofo social que asienta sus principios en la experiencia adquirida durante los años difíciles de su permanencia en el gobierno, y a la vez en el conocimiento práctico y científico de los problemas agrarios e industriales como en una sólida moral basada en el espíritu de los Evangelios, de llegar al gobierno, o simplemente de crear una nueva conciencia nacional, la puesta en práctica de sus postulados traería inevitablemente un cambio que muchos no desean. Es un error, por lo tanto, creer que quienes apoyan o atacan a Wallace lo hacen únicamente por la posición que él ha adoptado ante la posibilidad de una guerra o la necesidad de llegar a una paz estable. Lo apoyan quienes están de corazón en contra de la discriminación racial; lo atacan quienes están a favor de ella o los que sólo se atreven a ofrecer a la gente de color "igualdad de oportunidades" en la vida civil, pero la separan de los blancos en las filas mismas de un ejército cuya misión es, según dicen, "defender la democracia". Lo apoyan quienes creen en un capitalismo progresista; lo atacan quienes viven de los cartels y los consorcios internacionales. Lo apoyan quienes sostienen que ni en el gobierno ni en la administración nacional debe haber hombres cuyos intereses privados sean opuestos a las responsabilidades públicas que han asumido; lo atacan los que buscan esos puestos para su propio lucro. Lo apoyan quienes creen que la era colonial ha terminado o debe terminar; lo ata-

can aquellos que pretenden convertir a las demás naciones —y especialmente a las nuestras— en chacras o proveedurías de materias primas en beneficio de los trusts industriales. Lo apoyan quienes creen que los adelantos científicos deben servir para liberar al hombre y darle mayor bienestar; lo atacan quienes creen servirse de esos adelantos para esclavizar aún más al hombre y enviarlo a una nueva matanza. Lo apoyan quienes creen que no hay democracia política sin democracia económica; lo atacan quienes defienden la democracia política sólo en el grado en que sirva para suprimir o limitar la economía. Sería largo seguir enumerando el programa de Henry Wallace, programa que él mismo ha expuesto, clara, suscin-

tamente, y sin el menor asomo de demagogia, en el discurso que pronunció en la Convención realizada en Filadelfia, el 24 de junio último, al aceptar su candidatura por el Partido Progresista. En cuanto a la Convención misma —una de las tantas reuniones que Burnham trata de denigrar— puede dar idea de su importancia y significado el lapsus que, en el entusiasmo ante lo que estaba presenciando, hizo el comentarista de la transmisión del acto por televisión, cuando dijo: "Señoras y señores, esta noche, aquí estamos —es decir, están— haciendo historia".

María Rosa OLIVER.

Por el Cerro Auyán anda Canaima, el demonio

Por Fernando G. CAMPOAMOR

(Es un recorte de *El Mundo* de La Habana. Envío del autor).

Navegamos a 22 mil pies de altitud, con la nariz del *Constellation* punteando la vía a Venezuela. Apagamos el trémolo de las hélices en el aeródromo de Maiquetía, trepando hacia la meseta de Caracas sobre un carretero de 365 curvas —dato para turistas— que se agarra como boa a las vertientes terracotas: montañas musculares que dibujó Martí a creyón maestro, "donde los montes plegados parecen más que dobleces de la tierra, mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad".

Pero debíamos meternos en la dermis del país, buscándole adentro sus latidos profundos, y Rómulo Betancourt nos dió su avión y boleto libre en el aire. El avión nos redimió de ese horizonte inmediato que cerca al hombre cuando pisa la tierra, regalándonos mirada planetaria y perspectiva global que sólo gozan las alas. (Es como si uno otease por el ojo de la cerradura de San Pedro, en el mismísimo portón del cielo). Y así, con panorama por delante, trazamos un corte vertical de norte a sur, desde la costa de nuestro Mar Caribe hasta la frontera virgen del Brasil. También nos posaríamos a libre albedrío donde nos picara el entusiasmo de registrar.

*

Saltamos temprano sobre le cerro del Avila que acuna a Caracas, a esa hora que se pinta de turbio color pizarra. Luego, a mediodía, al bochorno y al tramonto, el sol le irá tornando azufre, añil y violeta.

Como se palpa una fruta madura antes de abrirla a presión, tomamos la línea costanera. Había tiempo para estrenar el mapa... Aquí abajo está Guntire, el pueblito que nació a Romulón; y aquí Curepe, con sus negros de caluroso folklore: Barlovento, tambor de brujos hecho són por Nicolás Guillén.

—¿Y aquello, capitán Pippinger?

—Le iré diciendo: la boca del Tuy... laguna de Tacarigua...

Manglares, islillas —los "terrenos sumergidos" que contara el geógrafo Codazzi— y ya estamos en Barcelona.

Barcelona pudiera ser así: un Bayamo. Toda ella tiene resonancia en su casco de adobe antiquísimo, ahumado por la pólvora y el tiempo. ¿Son éstas calles, o pasillos interiores de un caserón donde habitan miles de vivos y muertos? Aleros ondulantes y espesos que cuidan sus anchas ventanas incitadoras... No se miente al

contar que en Barcelona arranca la llanura hasta empotrarse en el Orinoco. Sí, en Barcelona, tan prócer, tan callada, apenas sorprendida por la corriente lacia del Neverí y el diálogo fresco de los bongueros.

Detrás andan todavía algunos caribes, manoseando cabuyas que sacan del fibroso albarico, sobre una tierra salobre, diseca, esmirriada como sus troncos de cardonal. Pero, contra la naturaleza violenta, el empuje humano. En Barcelona se peleó siempre. A su estirpe respondió aquella Eulalia, de pelo largo y pistola en firme, que defendió su gente pasada a cuchillo. De rato en rato, por la alta noche, un gallo irónico violará el silencio de santidad histórica.

Y otra vez a bordo, arrumbando hacia Cumaná. Verticales a la ciudad de Andrés Eloy Blanco, poseemos a plenitud su perímetro que trenza el río Manzanares. La memoria remueve una ficha inolvidable del poeta: "...profunda senda mojada —como una larga mirada— que el llano le tiende al mar".

En el aeropuerto, y en todo el itinerario, nos aprietan las manos autoridades nuevas. Cumaná, ventilado trampolín a las Antillas, nos luce como una vida marina que busca umbría en los costados de su Manzanares. Sus chacras típicas son orquidiarios que escamotean el sol bravo del litoral entre legumbres, plátanos, tamarindos y almendrones. Muchas veces un río, tal en la anfibia Cumaná, es nervio espiritual de una ciudad. Entre la brisa firme que invade ahora, queremos oír un eco de música vernácula: "Yo curo ese pájaro—señor cazador; con aceite e'coco—y un palo de ron".

Han girado el timón del bimotor sobre la mar abierta. Un archipiélago que apenas puntean casuchas de pescadores, anuncia la isla Margarita. Acaso un rescoldo de nostalgia cubana nos hizo pedirle al co-piloto bolear y poner pie en Margarita: por acá anduvo, a la jineta sobre su violín, el negro Brindis de Salas.

La geografía le dió temperamento a esta gente margariteña que trabaja y canta, haciendo su pan y su décima. Dicen las cosas en estado de gracia, como los niños que el mundo no ha estropeado:

Yo te conozco robalo
por el camino que vas;
con tus zapaticos blancos
y tus medias colorás.